

Luther, Link, *El Diablo. Una máscara sin rostro*, Síntesis, Madrid, 2002.

Son tantos los estudios en todos los campos del saber que pocos resquicios le quedan ya al científico para escribir un libro completamente innovador y original. Sin embargo, Luther Link ha encontrado uno de esos recodos apenas explorados por la crítica. Si bien es cierto que existen numerosos trabajos que abordan el tema de lo diabólico, escasos son los que se aproximan a él desde el punto de vista artístico. Normalmente son análisis más amplios que intentan mostrar tanto la evolución diacrónica de la concepción demoníaca¹, como sus efectos más notorios en la sociedad occidental de todos los tiempos².

Luther Link, no obstante, se atreve con un espacio desconocido y, en cierto modo, resbaladizo. Ya desde el propio título del libro, *El Diablo. Una máscara sin rostro*, se plantea la principal dificultad de su investigación. En la Edad Media la representación de Satán era práctica habitual en la decoración de iglesias o en las iluminaciones de códices. El Mal como elemento contrapuesto al Bien, en este caso encarnado en la divinidad, ha estado presente en la cultura occidental, adoptando un papel preponderante tanto en el plano puramente teológico como en el popular o folclórico.

Quizás sea esta pluralidad de conceptos procedentes de fuentes diversas la que provoca la falta de nitidez en la figura del Demonio. Sus rasgos no se perfilan siempre igual y aunque «puede que tenga numerosas máscaras [...] su característica fundamental es que es una máscara sin rostro» (p. 19). Las representaciones artísticas del Diablo, que Link no duda en calificar como «fracasos», al menos entre el siglo IX y el XVI, es posible que se deban a que en realidad Satanás no estaba considerado como una persona ni como una «presencia real» (p. 19). De hecho, algo parecido sucede con la nomenclatura que a lo largo de los siglos se le ha ido adjudicando a este enemigo de Dios. Satán, Satanás, Diablo, Demonio o Lucifer comenzaron siendo seres distintos pero pronto acabaron constituyendo la denominación de un mismo sujeto (como ocurre incluso hoy en día).

Luther Link no sólo intenta esbozar las diferentes características físicas que se le otorgaban al Maligno en la Edad Media, como más

¹ A este respecto pueden consultarse las obras de Jeffrey Burton Russell, o las diversas historias del Diablo que se han publicado en las últimas décadas: Flores Arroyuelo (1985), Risco (1985), Di Nola (1992), Muchembled (2000) o Minois (2002), por poner unos ejemplos.

² Es muy interesante en este sentido la obra de Jean Delumeau, *El miedo en Occidente*, Madrid, Taurus, 2001.

adelante analizaremos, sino que también trata con este libro de desmentir ciertos tópicos que se han ido repitiendo hasta la saciedad por los investigadores y que, a su juicio, no son del todo ciertos. Así, por ejemplo, argumenta que el pecado del Ángel Caído no fue el orgullo, sino la lujuria, tal y como se deduce al adentrarse en las páginas de un texto bíblico que difiere bastante del actual, el Libro de Enoch. Asimismo afirma que existen diablos bellos desde época muy temprana y que la interpretación artística que se ha hecho del Juicio Final en S. Apollinare Nuovo (Rabenna) no parece ajustarse a la realidad.

Sin embargo, como decíamos, la amplia mayoría de su trabajo está dedicado a la representación del Demonio medieval en pintura y escultura. Interesa especialmente su estudio porque deja relegados a un segundo plano aquellos aspectos que aún en el tiempo presente seguimos vinculando de forma indisociable a Satanás. De esta manera, cuando en nuestra cultura se trata de imaginar al Diabolo en nuestra mente aparecen enseguida elementos tales como cuernos, rabo, pezuñas y fealdad. No obstante, en la Edad Media ni todas estas características debían ir siempre unidas, ni tenían que hacerse patentes en cada una de las invocaciones artísticas del Maligno.

A este respecto, comienza Luther Link analizando en su obra la desnudez de Satán. Con ello intenta refutar la idea bastante sólida que sostiene que el dios griego Pan se conforma como su antecedente iconográfico. Al menos, sentencia, no todas las imágenes pueden explicarse a través de dicha fuente. Lo que sí se trasluce como lugar común de casi todas ellas es, a su juicio, la desnudez y la negritud. Es negro porque «contrasta con la blancura inmaculada de los ángeles, y representa el mal y la impureza» (p. 63) y está desnudo porque de esta forma «conecta con la idea del pecado» (p. 64). La suciedad del color y la degradación de la falta de vestimenta se vinculan así de manera indisoluble con la figura demoníaca, tratando, por otro lado, de dar pie a la comicidad.

Otros son también los rasgos diabólicos: es típico su cuerpo peludo, su cabello llameante y su enorme boca abierta. Asimismo se caracteriza en ocasiones por llevar alas, tener pezuñas, rabo, lengua prominente y cuernos (aunque, como señalábamos líneas más arriba, no en todos los casos). No siempre tienen un aspecto horrendo y desafiante; en muchas ocasiones, su contemplación provoca más mofa que miedo. A colación precisamente de las cualidades físicas del Demonio, Link apunta una hipótesis tan arriesgada como razonable. Como él mismo sugiere, «los rasgos faciales y fisonómicos del Diabolo [quizás] provengan más del Diabolo que la gente veía en los escenarios que de la criatura que se imaginaban

en sus pesadillas» (p. 82). Parece una idea contrastada el hecho de que tanto pintores como escultores basaron sus imágenes en las observadas en los autos sacramentales y adoptaron de ellas la vestimenta de Satán (en caso de que la tuviera) y sus atributos físicos.

Los tres siguientes capítulos en los que divide Link su obra se centran en otros motivos diabólicos que aparecen frecuentemente en las representaciones artísticas medievales. Así, en primer lugar, analiza el papel de la herejía y del Infierno. Para el autor, el Cristianismo fue el único «culpable» de la expansión y difusión de los distintos movimientos heréticos. Si interesan para el tema que él aborda en su libro es por su carácter marcadamente dualista, hecho que «ponía en peligro las doctrinas eclesiásticas fundamentales» (p.100).

El año clave, siempre siguiendo a Luther Link, se establece en 1184. El Emperador y el Papa decidieron unirse para «juzgar a las gentes de Europa» (p.111), haciendo de este modo que la separación entre bendecidos y condenados le haga adquirir al Demonio un papel diferente al que tenía hasta entonces. «El año 1184 es un punto de inflexión desde el que podemos mirar hacia delante y hacia atrás. Si miramos cincuenta años atrás podemos ver las primeras representaciones del Juicio Final enteramente románicas en los distintos medios [...] Si miramos cincuenta años más adelante vemos la creación de los extraordinarios Juicios Finales góticos de Chartres, París y Bourges» (p. 113). Las herejías serán entonces cruelmente perseguidas y vistas como agentes diabólicos en la Tierra.

En Gislebertus y Giotto ve Link la esencia de lo que constituye lo que él llama la «erótica del Infierno». A través de la mirada crítica, el autor se zambulle en los más significativos ejemplos de Juicios Finales, reparando en todos y cada uno de los motivos tradicionales, en unos casos, innovadores, en otros. Con ellos analiza asimismo las invocaciones medievales del infierno y trata de superar la idea, en su opinión no del todo exacta, que une indisolublemente el feudo demoníaco con el sexo. Afirma que, mientras en la literatura sí podían encontrarse ejemplos en los que el Diablo mostrara sus extraordinarios poderes sexuales, en el arte son escasas las imágenes que así lo manifiestan. El hecho de que los pecadores estén desnudos cuando se encuentran en el Infierno no tendría relevancia sexual, al menos hasta el siglo XIII. Habrá que esperar hasta finales del XV y principios del XVI para observar una sexualidad más explícita en el arte.

Por último, Link le dedica un apartado al motivo del ángel rebelde, calificando al *Apocalipsis de Trier* como la primera representación artística del mismo. Desde el siglo X «estos ángeles disi-

dentes difieren en mucho de los ángeles puros. Están desnudos, no llevan sandalias, son más pequeños y están cubiertos de un hollín oscuro. Mantienen las alas y los halos, pero han adquirido el pelo llameante del Diablo» (p.193). Poco a poco este agente demoníaco se irá transformando hasta dar lugar a un auténtico Satán de bellas facciones y esbelto cuerpo. «De ser un ser perverso, y de una maldad contagiosa, que después de ser expulsado del Cielo engañó al mundo mediante la adoración de los dioses paganos, el ángel caído se ha convertido en un ser cargado de una belleza y poder intrínsecos» (p. 211).

Con esta sentencia termina Luther Link su libro. A pesar de su apenas abarcable cantidad de datos, de la pretensión un tanto avariciosa en la materia elegida y de las lagunas necesariamente notorias por la vasta extensión tanto diacrónica como temática, el trabajo de investigación que el autor se ha propuesto abordar constituye en sí un verdadero ejemplo de loa. Es necesario este tipo de análisis globales que dejan abiertas diversas vías de estudio que, en muchas ocasiones, se pueden completar desde otros campos del saber afines como la literatura, la historia o la filosofía. El Diablo se encuentra anclado en nuestra cultura desde que el mundo es mundo y es conveniente que se analice desde todas las perspectivas posibles para poder así entendernos incluso a nosotros mismos. «Nadie que no haya comprendido la verdad del llamado Diablo y de sus ángeles podrá conocer el origen del mal». Ésta es la cita de Orígenes que el propio Link ha seleccionado como síntesis de su obra.

Elena Núñez González
Centro de Estudios Cervantinos

Los «Libros de Suertes» medievales: Las Sortes Sanctorum y los Prenostica Socratis Basilei, estudio, traducción y edición crítica de Enrique Montero Cartelle y Alberto Alonso Guardo, Nueva Roma, 21, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2004, 303 pp.

Este libro acoge ediciones críticas de los denominados *libros de suertes*, unos textos bastante desconocidos dentro de la historia medieval, cuyo interés radica en haber sido objeto de consulta tanto de grandes señores como de gente de baja condición hasta